

Valente y la cudad gallega: de la oscura provincia al recinto sagrado

CLAUDIO RODRÍGUEZ FER
UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

“Eu nacín en ningures. Ou non nacín,” escribió quien “nació, naciera o habría nacido” negando así su lugar y hasta a sí mismo, pues dejó dicho en su gallega lengua originaria que nació en ninguna parte o que ni siquiera nació. Y añadió: “Ou nacín —de ter nacido, se ben cadra— nun lugar que xa non eistente” (*Obras completas I*: 529). Pero el lugar existió. Y existió el hombre. Y escribió su impropia “Biografía:”

Nace, nació, naciera o habría nacido en los términos del *Gallaecia regnum*, en un lugar que acaso cabría llamar Aguas Calientes o Augasquentes, y suele llamarse Orense, aunque lo que ahora con tal designación se conozca poco o nada tenga en común con el posible lugar de su nacimiento. (*Obras completas I*: 746)

En el antiguo reino gallego de la lluvia y la savia nació, pues, el hombre que pudo haber sido musgo, lobo, roca, hongo y sobre todo agua. Y nació en el lugar de las aguas pluviales y termales que motivan el nombre de Aguas Calientes:

Por iso lle chamo Augasquentes. Non lle atopo outro nome na miña memoria, por máis que nela furgo. E por iso ninguén podería probar que non se chama así. Ou pode que Augasquentes fose o nome da face non visible dun lugar que cecáis se designase no mapa doutro xeito. (*Obras completas I*: 529)

Y en el mapa el lugar oficialmente existente se llamaba Orense, como Ourense se llamó y se llama en la realidad tantas veces ocultada por el mapa. Tenía nombre, aunque de él no quiera el hombre acordarse. Y menos aún de su supuesta etimología áurea, que conectaría el primitivo vilar romano con próxima explotación aurífera, pues el hijo de las aguas prefiere la vida, es decir, el agua, en la palabra:

¿Deriva el nombre Orense de un gótico Warmsee? ¿O tal vez de Auransio o Aransio, divinidad latina de las fuentes, con lo que Orense y Orange serían lo mismo? Nada en el nombre ni el lugar remite con fundamento a ninguna raíz áurea, sino a una raíz ácuea. Lo que allí viva o pueda haber vivido es hijo de las aguas. (*Obras completas I: 746*)

Y ello se refleja con frecuencia en la especulación etimológica, pues no en vano la voz germánica *Warm-See* significa Lago Caliente.

En consecuencia, cuando prepare su texto “Biografía,” Valente consultará para documentarse sobre estas cuestiones al profesor y escritor ourensano José Luis López Cid (hermano de su íntimo amigo Julio, con el que tuvo trato fraternal desde 1945), quien le habla de las ninfas de las Burgas y le pregunta por su interés sobre estas cuestiones.¹ Por supuesto, al autor del juvenil poema “Una inscripción” sobre graffiti romano le interesaban mucho los antiguos exvotos ácueos de su lugar originario a la hora de componer su personal ofrenda literaria a las únicas deidades que reconocía en la ciudad natal: las aguas.

Es en efecto Galicia tierra de aguas y de culto a las aguas y es en concreto Ourense el lugar de las Burgas, los manantiales del agua caliente que brotan en medio de la urbe como su ubre: “Aguas soterradas que, como señal o don de los dioses del fondo, vienen a la superficie burbujeantes, calientes.” Aguas matriciales, cuyo triple manantial fue el núcleo originario de la villa, que imprimen carácter ácueo a la caldeada consciencia del origen de la vida y a la envolvente sensación de habitar en vaporosa

placenta cósmica: “Aguas. Burgo de las aguas. Burgas. Aguas placentarias” (*Obras completas I: 746*).

Y aquel niño que fue del Burgo de las Burgas bebió el agua caliente de la vida en el frío tiempo de la mortandad: “Bebió él esas aguas, que era necesario batir a causa de su grosor y que era necesario beber para defenderse de las miasmas de la muerte” (*Obras completas I: 746*). En efecto, la composición salina carbonatada y silicatada de estas cristalinas aguas minerales que brotan en tres fuentes sucesivas, la central revestida de arquitectura neoclásica, a una temperatura aproximada de sesenta y seis a setenta grados centígrados y con un caudal de trescientos litros por minuto, la dotan de propiedades físicas y salutíferas inolvidables para el vástago que percibió sus cálidos vapores entre los hornos y lavaderos próximos, que las recogió en el cántaro familiar, que las vio y oyó batir, enfriar y ventilar en casa y que las bebió como preventivo o curativo reconstituyente. Y entonces nació y vivió para nunca y para siempre en *Augasquentes* o en Aguas Calientes, porque nadie puede nacer y vivir en las mismas aguas ni no nacer ni no vivir fuera de ellas.

El caso es que el romano Burgo de las Burgas recibió el calificativo latino de *Auriense*, proveniente del también latino nombre de *Auria*, luego de abundante uso literario, que originó el topónimo gallego de *Ourense* y su castellanización *Orense*. Y allí, en esta capital de una de las cuatro provincias gallegas artificialmente trazadas por el centralismo sobre el antiguo territorio de Galicia, fue registrado el nacimiento del niño José Ángel Manuel Valente Docasar el día 26 de abril de 1929 como nacido el 25 anterior a las cinco y media de la mañana. Y no consta que hubiera grandes señales de nada en aquel día, a no ser el cotidiano asombro de que el agua, burbujeante y caliente, siguiera saliendo imbatida de la tierra a través de las ubres de piedra de la urbe de las aguas.

El juvenil poema de Valente titulado “El Cristo, la ciudad y el tiempo (Pié para un Canto en Orense y su Cristo),” nunca

recogido en libro hasta ahora y cuyo manuscrito se halla en los archivos de la Cátedra Valente, además de remitir al “Cantar de la alma que se huelga de conocer a dios por fee,” de San Juan de la Cruz (que precisamente comienza: “¡Qué bien sé yo la fonte que mana y corre, / aunque es de noche!”), muestra una fuente que es en la noche auriense la de sus Burgas y sus aguas ya son las originarias y matriciales que inundarán la obra del Valente maduro:

Y queda la ciudad, / envuelta en sueño / en su valle de niebla, / quieta la catedral / como un navío / anclado en la distancia, / y su Cristo de tiempo / y el agua manantial / caliente y encendida, / que brota de sus plantas. / Porque bien sé la fuente, / porque bien sé la fuente / donde las aguas crecen / con vocación de madre / de regazo o de seno. / Vuelvo al origen de las aguas, / regreso hasta tu imagen... (Valente)

Con el estallido de la sublevación militar de 1936, Ourense padeció enseguida actos de violencia y muy pronto quedó bajo control de las fuerzas armadas sublevadas. El niño Valente, que tiene siete años el 18 de julio de 1936, entra prácticamente en el uso de razón con una contienda que, aún no viviéndola en primera línea, acabará marcando su sensibilidad y su conciencia. Efectivamente, el llanto y el miedo comenzaron muy pronto a impresionar al niño, sorprendido por las inexplicables desapariciones y asustado por los rumores de crímenes y tiroteos. El triunfalismo impuesto por las autoridades alzadas no se compadece con la impresión de aquel testigo inocente, a quien todos le parecían más bien vencidos, aunque unos lo estuvieran, desde luego, más que otros.

Como se preguntará y contestará Valente de adulto, era necesario huir de la asfixiante atmósfera provinciana impuesta durante la guerra y la posguerra y para él no había otra salida que la lectura y el recogimiento: “Era un neno. ¿Que se podía facer nunha capital como Ourense que, nesa época, tiña trinta

mil habitantes? Pois ler e fuxir pola lectura, e tamén pola relixión, dun medio tremendamente depresivo” (Rodríguez Fer 457).

Por ello, en “De la no consolación de la memoria” (*Obras completas I*: 733–34), texto incluido en *El fin de la edad de plata*, se hablará con contundencia de aquella “Niñez y adolescencia sitiadas,” hasta el extremo de no hallar “recuerdo duradero que no fuera el de la infancia cercada.” De aquí vendría el rotundo comienzo: “No guardaba del lugar donde nació recuerdo grato alguno.”

Buena parte de su poesía futura se hará eco de aquella provinciana pequeñez, como ocurre en el poema “Tierra de nadie,” de *La memoria y los signos*: “La ciudad se ponía / amarilla y cansada / como un buey triste. / Entraba / la niebla lentamente / por los largos pasillos. / Pequeña ciudad sórdida, perdida, / municipal, oscura” (*Obras completas I*: 187–88). Allí sólo parecía haber sitio para “los muertos solemnes” y para los aspirantes a serlo: “Adolescentes en el orden / reverencial de las familias.” Largo y sucesivo como el río, el infinito sentimiento de soledad cercenaba toda posible huida: “Pasaban largos trenes / sin destino.” La misma sensación se halla al comienzo de “Tiempo de guerra,” en el mismo libro:

Estábamos, señores, en provincias / o en la periferia, como / dicen,
/ incomprensiblemente desnacidos . . . / Señores escleróticos, /
ancianas tías lúgubres, / guardias municipales y banderas. / Los niños
con globitos colorados, / pantalones azules / y viernes sacrosantos /
de piadoso susurro. (*Obras completas I*: 193–94)

Y en el posterior poema “Lugar vacío en la celebración,” que incluirá en *El inocente*, volverá a vincular la desolación provinciana con la obligada religiosidad: “Yo nací provinciano en los domingos / de desigual memoria, / nací en una oscura / ratonera vacía, / asido a dios como a un trapecio a punto / de infinitamente arrojarme hacia el mar” (*Obras completas I*: 282–83).

También en prosa presentará la misma imagen, asociando frecuentemente el lugar nativo con el tiempo indeseable que le tocó vivir en él. Por ejemplo, el relato “Fuego-Lolita-mi capitán” (*Obras completas I: 731–33*), de *El fin de la edad de plata*, es una especie de crónica de “la vulgaridad municipal” en “los años del hambre,” mientras que “Hagiografía,” de *Nueve enunciaciones*, se ocupa de nuevo de “los niños ya crecidos en la triste posguerra,” troquelando definitivamente la asociación del mundo provinciano con el período posbélico: “Hablo de los bombachos en provincias, de la posguerra en las provincias, de la triste posguerra en las tristes provincias, de toda la latitud, en fin, de la desolación” (*Obras completas I: 746–48*).

Pero, como muchas otras familias instaladas en la Galicia urbana, los Valente Docasar mantenían una intensa conexión con el mundo rural, sobre todo durante el verano. Eran frecuentes sus viajes a Cambeo, a San Cibrao das Viñas y a Paderne de Allariz, así como sus paseos por las afueras de Ourense —vivamente recreados en el poema “Un recuerdo”— o sus estancias veraniegas en la aldea, toda vez que su economía no les permitía veranear en la costa. Tal costumbre se mantuvo durante la juventud de Valente, cuando ya estudiaba en la universidad e iba en el verano a ver a la familia y a disfrutar del campo, donde por cierto en una ocasión tuvo la complicación de caerse en San Cibrao das Viñas y romperse un brazo. Naturalmente, esta vivencia del medio rural suponía todo un corte con la rutina urbana y el consiguiente descubrimiento de otros hábitos y de otras realidades, que sobre todo los niños solían disfrutar como una explosión de libertad.

Por ejemplo, en el campo descubrió el niño Valente el uso normal de la lengua gallega por parte de todos, puesto que en la ciudad y en su propia familia imperaba una censura lingüística completamente represora: “No hables en gallego que es una grosería,” recordará el adulto que le decían en su infancia. Eran los tiempos de la marginación y represión del idioma gallego

por parte de las clases urbanas y de los poderes políticos establecidos, y los niños de la posguerra fueron educados en Galicia bajo la presión de la más castrante diglosia.

Otro de los descubrimientos fue el de una mayor libertad de costumbres en el terreno sexual. De hecho, contará que la primera vez que vio una mujer desnuda fue en la aldea, porque allí no se tapaban ni se recataban tanto como en la ciudad: “eu quedei deslumbrado e quedei deslumbrado para sempre. Aínda non me pasou o deslumbramento” (Rodríguez Fer 453).

Por el contrario, el recato impuesto por las autoridades franquistas a partir del asentamiento de su dictadura militar-católica distaba mucho de las costumbres anteriores en la ciudad de Ourense, que el propio Valente evocó con mucha gracia en su texto “Biografías,” escrito el 25 de abril de 1981, día de su cincuenta y dos cumpleaños, y dedicado al escritor ourensano Manuel Luís Acuña:

En el café Moderno, sito en la llamada calle del Progreso, esquina a la Alameda, había una gran concurrencia de público rural los días de feria. Esto debía de acaecer muy poco antes –o incluso muy poco después– de aquel Alzamiento tan infaustamente memorable. En el café había cupletista. Cuando el ardor del espectáculo tocaba ya su clímax, la clientela, golpeando rítmicamente en el mármol de las mesas con las cucharillas de café, gritaba de este modo:

‘-¡Que enseñe las tetas! ¡Que enseñe las tetas!’ El propietario del café o el director del espectáculo, quién sabe, alguien de extremada finura en todo caso, solía calmar la pertinaz demanda de la pana labriega con estas aladas palabras: ‘-¡Cultura, señores, cultura! ¡Ya lo enseñará todo, ya lo enseñará todo!’ Qué formidable materia de ministro. (*Diario anónimo* 212)

El joven Valente había sido un pionero del cultivo del gallego tras la guerra civil con el poema “Finisterre,” datado en Ourense y publicado en Santiago de Compostela en 1947, cuando la literatura gallega llevaba más de un decenio prácticamente proscrita a raíz de la sublevación militar de

1936. Su publicación en medio de aquella atmósfera agresiva y represivamente centralista fue posible debido a que el diario vespertino compostelano *La Noche* venía dando cautelosas muestras de apertura a la cultura del país y a intelectuales de talante o procedencia republicana, democrática y galleguista desde su creación en 1946.

Por lo demás, el romance “Finisterre” era portador de elementos percibidos como identitariamente atlánticos y galaicos. Así lo sugiere el saudoso mundo marinero que evoca, poblado por santos peregrinos y milagrosos procedentes de los países nórdicos (como el rey y pirata escandinavo San Olaf), de la tradición bíblica (como el apóstol pescador Santiago el Mayor) y de la celtitud irlandesa (como el monje San Columbano y el obispo San Brandán). Además, el poema termina con la morriña del mar convertido en mito de todas las magias y de todos los prodigios para quien parece buscar y buscarse en el “Finisterre chan extremo / beizo de escuma e de sal:”

Polos meus ollos romeiros / páxaros buscan o mar, / barco de néboas
insomnes, / o inmoble mar terminal. / Feríronme terra adentro
/ morriñas de me afogar, / de ter os / labios frocidos / de tenro e
virxen cristal, / de dicer cantigas náufragas / coa boca chea / de sal. /
iFinisterre, ermo vixía, / ládralle ó mar como un can! (Valente)

Luego marchó Valente de Galicia y se ausentó largo tiempo del cultivo de su lengua, pues fue estudiante en Madrid, lector en Oxford, funcionario internacional en Ginebra y París... Pero Galicia y el gallego permanecieron tanto en él como quedó él mismo para siempre inscrito en ambos, tal como escribió en su artículo “Retorno:”

Ahora, en la distancia, vuelve con intensidad el recuerdo de la tierra en que nací y en la que no vivo y repito en mi interior mis propios versos, originalmente escritos en mi lengua nativa: “Alejarme tan sólo fue el modo / de volver para siempre.” (*Obras completas II*: 1535)

En efecto, el joven Valente abandonó el gallego como lengua literaria tras marchar de Galicia y no lo retomó hasta que se reencontró, ya en su madurez, de nuevo en un ámbito gallego-hablante, concretamente en el de la comunidad emigrante de Ginebra. Galicia está aparentemente lejos pero verdaderamente cerca porque siempre está dentro. La tierra permanentemente encendida demuestra que nunca se deja de estar donde se estuvo, entre otras razones porque somos origen, como recuerda la cántiga V: “Terra allea e máis nosa, alén, no lonxe . . . / Fiquei: fun ti. / E ti ficache / coma ti es, pra / sempre / acesa” (*Obras completas I*: 511).

Mas Valente, desde que, acabada la carrera en Madrid, inició una vida profesional y familiar lejos de su ciudad natal, mantuvo también notorios litigios con Ourense, estableciendo con ésta una relación de amor-odio que lo llevó a veces al límite del repudio, como cuando llega al extremo de pedirle a su editor literario, Pere Gimferrer, de la Editorial Seix Barral, que no figurase el lugar de su nacimiento en la segunda edición de su compilación poética *Punto cero*. Esta extravagancia editorial motivará la reconsideración del tema por parte del poeta catalán en carta enviada a Ginebra el 31 de marzo de 1980 y conservada en la Cátedra Valente: “creo que me comentaste que no te agradaba que especificáramos que naciste en Orense. ¿Cómo solventar este extremo?”

Todavía al año siguiente, en respuesta a una carta de su amigo periodista Segundo Alvarado Feijoo-Montenegro, enviada a Ginebra el 20 de abril de 1981, pidiéndole una colaboración para un suplemento monográfico en torno a Vicente Risco que se preparaba en el diario *La Región* con motivo de ser el autor homenajeado el Día de las Letras Gallegas de ese año, Valente arremete directamente contra su ciudad natal, el 29 del mismo mes:

cualquier cosa que yo pudiera escribir sobre Risco para ser publicada en Orense resultaría –me temo– demasiado agria o áspera para una

ciudad que considero particularmente sorda o roma respecto de casi todo lo que Risco representó. Son otras las cosas por las que las gentes de ahí se han movido.

Valente considera que Ourense padeció “una larga historia de persistente desatención hacia sus hombres de letras,” concluyendo, lapidariamente: “Orense no merece a Risco.” La carta mecanografiada del periodista y la copia de la misiva manuscrita del poeta se conservan en la Cátedra Valente.

Por lo demás, buena parte de los regresos a Galicia de José Ángel Valente durante los años noventa estuvo motivada por invitaciones para realizar conferencias, recitales y homenajes, muchas veces en Santiago de Compostela, ciudad que siempre lo fascinó y que hacia final de su vida veía como ideal para vivir. Reflexionaba a menudo Valente sobre Santiago en esa etapa a partir de la labor de su entonces alcalde arquitecto y de las obras de Álvaro Siza e Isabel Aguirre en “los bellísimos espacios del Centro Galego de Arte Contemporánea” y de “la contigua zona de San Domingo de Bonaval:”

Ciertamente, el parque de Bonaval no estaría rematado sin la admirable ‘Puerta de Música’ de Eduardo Chillida, puerta que no cierra sino abre el fondo del parque a los infinitos cielos lluviosos y a las siempre encendidas torres de la catedral en el horizonte que la puerta encuadra. (*Obras completas II*: 1533)

Pero ya en tempranas canciones de juventud había cantado Valente a esta ciudad, como las que figuran en el conjunto “Compostela: tríptico y una variación” (*Obras Completas I*: 813–15), iniciado con la cita de un verso en gallego de Federico García Lorca: “Chove en Santiago.” La primera pieza alude a la catedral y a la lluvia compostelanas; la segunda, a la fumigación del característico “Botafumeiro” de la catedral santiaguesa y, la tercera, al silencio de la “Quintana dos mortos,” la plaza catedralicia también cantada por Lorca. La variación vuelve

aludir a la pétrea plaza construida sobre el antiguo cementerio y a la contraposición de dos de sus nombres: Plaza de los Literarios, denominación derivada del juvenil Batallón Literario que combatió contra la invasión napoleónica, y *Quintana dos mortos*. En realidad, Valente parece estar contemplando la Catedral desde la Edad Media, como sugiere en una nota escrita el 27 de marzo de 1990: “A cinco kilómetros de Compostela, en el Monte del Gozo, se veían —veían los peregrinos— las torres de la Catedral” (*Diario anónimo* 267).

Mucho frecuentó Valente, desde luego, la Catedral y su magnífico entorno durante su único curso escolar en la Universidad de Santiago de Compostela, donde seguramente fueron forjados buena parte de estos versos. Su artículo precisamente titulado “Retorno” muestra una reconsideración de la ciudad gallega como recinto sagrado muy ajena ya a su asociación con la oscura provincia de los tiempos del franquismo:

La lluvia cae en Santiago como si el arca de Noé no se hubiera posado nunca en las vecinas tierras de Noya, que tienen de ahí su nombre. En la Quintana, desde lo alto, se ve brillar el agua que resbala, gracias a la ligera inclinación de la desnuda piedra, y crea sobre ésta superficies de espejo en el que se reflejan la soledad, la sombra, la nostalgia. Santiago es para mí el lugar del retorno, lugar hacia el que se va y al que se vuelve siempre. He vuelto, he recorrido una vez más las calles de mi primer año universitario, tan lejano. (*Obras completas II*: 1532)

En consecuencia con esta nueva actitud, la noticia y la consiguiente polémica surgidas en los últimos años noventa con motivo del posible desmantelamiento del viejo cementerio ourensano de San Francisco interesaron vivamente a Valente, quien se comprometió de inmediato con la defensa del recinto. Desde que la muy activa Asociación para la Defensa del Patrimonio, constituida en Ourense en 1996, denunció el peligro de desaparición en que se encontraba el cementerio y su contorno, amenazados por la especulación urbanística, Valente

se mostró indignado ante tal posibilidad y dispuesto a apoyar en todo momento la reivindicativa campaña para que fuera declarado Bien de Interés Cultural. Así, durante 1998 fueron frecuentes en la prensa gallega sus apasionadas declaraciones en este sentido, acompañadas por la amenaza de organizar un motín popular o de renegar definitivamente de Ourense de seguir adelante el desvalimiento oficial del cementerio.

Le asistían al poeta dos hondas motivaciones: la razón cívica y la querencia familiar. La razón civil, comprometida con la defensa de tan significativo patrimonio histórico, no olvidaba que el Cementerio de San Francisco era camposanto de Ourense desde el siglo XIX y que en él reposaba buena parte de la intrahistoria contemporánea de la ciudad y de muchos de sus ciudadanos más significativos para Valente, pues en él están enterrados intelectuales muy diversos, pero tampoco olvidaba su valor artístico, pues el cementerio cuenta con significativas obras funerarias.

La querencia personal por este cementerio le venía dada a Valente por su fidelísimo compromiso con la memoria de los muertos por él más amados y allí enterrados: sus abuelos, su madrina, su padre y su hijo. De hecho, en el fragor de la polémica, llegó a afirmar que si se cerraba el cementerio antes de que muriera, querría que sus cenizas fueran aventadas sobre el recinto si no se podían enterrar en él. Había, pues, muy hondas razones íntimas y, por cierto, muy antropológicamente galaicas, en esta intransigente actitud de mantener el patrimonio funerario y de asegurar su propio enterramiento en el panteón de la familia.

Durante todo el período de lucha para salvar el cementerio, Valente estuvo en contacto con la Asociación para la Defensa del Patrimonio, acumuló un amplio dossier sobre el caso e hizo abundantes y contundentes declaraciones en los medios de comunicación. Finalmente, con fecha de 11 de febrero de 2000 y publicación en el *Diario Oficial de Galicia* el 23 del mismo mes, la Xunta de Galicia decretaba la declaración de “bien de interés

cultural, con categoría de monumento, a favor del cementerio de San Francisco.” Tal decreto fue recibido con aliviada satisfacción por Valente, a quien se le comunicó oficialmente con fecha del 25 de febrero de 2000, apenas cinco meses, pues, antes de su muerte. Podía ya, como había escrito en su primer libro, yacer “donde la lluvia canta / al pie de un montealegre.”

Y allí yace, en efecto, pues, tras morir el 18 de julio del año 2000 en Ginebra, donde fue incinerado, su esposa Coral, cumpliendo el deseo del poeta, hizo trasladar sus restos a Ourense para enterrarlos, envueltos en un mantón traído de la India, junto a los del hijo Antonio, en el panteón familiar del cementerio de San Francisco. El sepelio tuvo lugar el 27 de julio del 2000 y, tal como también deseaba el poeta, fue estrictamente laico e íntimo.

El poeta de las aguas originarias que había rodado por buena parte de la Tierra era ya el muerto del mundo que vivía para siempre en la memoria de la tierra nativa y en la incesante poesía de sus aguas. Por algo había anotado, el 6 de enero de 1991, la antigua sentencia del geógrafo e historiador griego Estrabón (III: 4, 16): “Los galaicos no tienen dioses” (*Diario anónimo* 281).

Notas

1. José Luis López Cid, veraneando en Bueu, contesta a Valente el 10 de septiembre de 1975 diciéndole que “nunca la *gens* auriense o la *civēs*, o lo que fuese, se consagró a las divinidades de las aguas; existen, sí, varias lápidas exvoto de particulares: la de Calpurnia Abana Aeboso a las ninfas de las Burgas; otra de un Claudius o Calum hallado en Canedo, y alguno más. ¿Te interesa este tipo de inscripciones?”

Obras citadas

Rodríguez Fer, Claudio. “Entrevista vital a José Ángel Valente: de Ourense a Oxford.” *Moenia: Revista lucense de Lingüística & Literatura* 4 (1998): 451–64. Impreso.

———. “Entrevista vital a José Ángel Valente: de Xenebra a

Almería." *Moenia: Revista lucense de Lingüística & Literatura* 6 (2000): 185–210. Impreso.

Valente, José Ángel. *Obras completas I. Poesía y prosa*. Ed. e introducción Andrés Sánchez Robayna. Barcelona: Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2006. Impreso.

———. *Obras completas II. Ensayo*. Eds. Andrés Sánchez Robayna y Claudio Rodríguez Fer. Barcelona: Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2008. Impreso.

———. *Diario anónimo 1959–2000*. Ed. e introducción Andrés Sánchez Robayna. Barcelona: Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2011. Impreso.